

## Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe

Una simple pincelada de lo que considero mi experiencia "personal" de lo vivido en la *lectio* y en la oración.

La gracia, que supone la naturaleza, la vida de oración es algo tan único y personal que, según pienso, estas líneas difícilmente podrán ser de "provecho" para otros. Valdrán por lo siguiente: quien se de el trabajo de leerlas, o glorificará al Señor por lo bueno que encuentra en ellas, o constatando la pobreza espiritual de quien las escribe, rogará al "Padre de las luces de quien procede todo bien" para que de el Espíritu de oración a quien de él carece. . .

—"Padre, ¿cuál es, en la vida religiosa, la virtud que exige mayor esfuerzo?"

—"Créeme; pienso que nada hay que exija tanto esfuerzo como la oración. . . En cualquier género de vida virtuosa que el hombre ejerza, encontrará su descanso si persevera; la oración, en cambio, exige un combate hasta el último suspiro". (Agatón 9).

Por lo tanto, voy a hablar de mi combate, cuyo campo de batalla y cuyo método de lucha han sido "in-formados" —desde mis 19 años— por una determinada forma de oración: *el opus Dei*.

Las primeras "experiencias" de oración —cuyo recuerdo conservo— datan de mi Primera Comunión. Un regalo: un libro de nácar, y en él, una extraña oración que hoy me hace sonreír al verla en boca de una niña de ocho años: "Oración para alcanzar la gracia de una buena muerte". . . "cuando mis ojos no puedan ya contemplar tu imagen, entonces, ¡oh Buen Jesús!, ten piedad de mí. . . Cuando mis manos yertas no puedan sostener tu imagen, entonces, ¡oh Buen Jesús! Ten piedad de mí". . .

Fervor que, por cierto, no me llevó a la "contemplación pura", sino a tomar una escoba y barrer la casa por primera vez.

Fervor intempestivo: una mañana fría la casa es despertada por gritos en la cocina: como faltaba sirvienta, quise adelantarme a mi madre para encender el fuego. . . no fue tan fácil apagar el pequeño incendio provocado por la botella de nafta que se rompió bajo una mesa de madera.

Otra madrugada del mismo año, me levanté a escondidas, me puse mi vestido más lindo —otro vestido de baile de mi madre— y despacito me escapé por el fondo de la casa para asistir a la Procesión de Resurrección.

Primeros años en el colegio. Al tocar cada hora, la clase entera se levantaba: "Una hora menos de vida", decía la Maestra— "Un paso más hacia la eternidad", gritaba la chiquilina. Tal espiritualidad corría pareja con la "Oración para pedir una buena muerte". Esto, unido a otros factores personales, influyó en mí, acentuando cierta tendencia a menospreciar los valores del mundo— lo cual sólo más tarde sería rectificado.

A los diez años comencé el internado en otro colegio, donde pasé siete años. Bendecidos. Poco a poco fui encontrando a Aquel por quien había sido ya "aprehendida".

En casa, sin que me entusiasmara, un lindo cuadro de Sta. Teresita me acompañó desde mi tierna infancia. A los 14 años, leyendo su vida, sentí más vivo el deseo de Dios y su llamada se hizo evidente en una lucha casi titánica.

Todo eso con hechos concretos inesperados.

Vacaciones de 1938.

—“Chica, ¿me das un pedazo de pan?”

—“Venga para acá, pequeño”.

Y el pobrecito de cinco años, mudo de espanto y de miedo, se sintió medio ahogado en la bañera por una desconocida que le daba un magnífico baño, cosa que, por lo visto, nunca le había sucedido en su vida. Lo vestí con trajecito nuevo (que había sacado en una rifa para las misiones) y el chico tiritaba de frío. Después de un plato caliente, huyó como un gato para no volver nunca más. . .

Entretando tenía yo una pena: la de no poder meditar con facilidad directamente los textos del Evangelio. Compré ejemplares de todo tamaño y hechura. Hasta uno de bolsillo. No era el libro lo que debía cambiar. . . Por el contrario, las palabras del Evangelio captadas en el Misal (que usé desde mis once años) o en otros escritos, eran fácilmente “interiorizadas” —palabra no usada en aquella época.

La experiencia de mi fragilidad y vulnerabilidad no me afectaba demasiado. Venían a mi mente las palabras del portero del Circo —me gustaban mucho los Circos—: “Entren por debajo de la lona”, decía él a la barra de chiquilines que no tenían dinero para pagar la entrada. El Padre celestial debía ser así. Más tarde descubrí que es así, efectivamente. “Si tu corazón te acusa, Dios es mayor que tu corazón”.

El año 1941 marcó mi ingreso en la Acción Católica, asesorada en aquella época por D. Martín Michler, o.s.b. Descubrí la dimensión “Iglesia”. Y también la de “Vida monástica”. Me veo aun hoy sentada solitaria, entre los hermosísimos bambúes de mi Colegio —estaba en el último año— leyendo con delicias “Cristo, vida del alma” de D. Columba Marmión.

Y llegó la hora, la hora de la lucha nocturna de Jacob con el Ángel. Era necesario quedar renga. Era preciso que Jacob se transformara en Israel. ¿Dónde realizar el llamado de Dios? ¿En la Congregación Religiosa donde me había educado y a la cual estaba ligada por fuertísimos lazos de amistad y donde mi vocación era ya conocida? ¿O en el monasterio benedictino que yo encontrara?

Dios no dejó de enviarme un ángel para que me ayudase. (Te estaré eternamente agradecida).

Contra el deseo de aquel que era entonces mi confesor, opté por el monasterio. Todo era disponibilidad —ciertamente no demasiado real—. “Señor quiero que en mí Tú realices la idea que existía en tu mente eterna, y que quisiste realizar en el tiempo, en el momento sagrado en que el amor de mis padres me concibió. Quiero que en mí Tú realices pura, íntegra, perfecta, tu obra, Señor”. Era todo lo que estaba en mi mente y en mi corazón cuando, a los veinte años, llamé a la puerta del monasterio. Ante aquel claustro abierto, mi primera impresión fue la de la santidad de Dios; recordé espontáneamente las palabras del Señor a Moisés: “Quítate las sandalias de tus pies pues la tierra que pisas es santa”.

¡Ay! Comprobé en seguida mi incapacidad para contemplar la zarza ardiente.

Primer impacto: en el horario estaba señalada media hora de "oración mental". Por la tarde del primer día, allí estaba yo al pie de la escalera con una pila de libros en los brazos: Misal, Biblia, En el Misterio de Cristo, En el Dios vivo y verdadero. . . preguntando a la mayor de las postulantes cuál debía llevar para la "oración mental". . .

Y los sueños fueron cayendo como castillos de naipes en la arena. Había soñado con la "contemplación pura" y no sabía qué hacer con esa media hora de "oración mental". En cambio, a pesar de saber muy poco latín, en el Oficio divino descubrías cosas que hasta el día de hoy han perdurado en mí como fuerzas poderosas. "*Nox mea obscurum non habet sed omnia in luce clarescunt*": fue la primera palabra (del Oficio de S. Lorenzo) que me golpeó. ¿Tendría también que descubrir "la contemplación en mis manos?".

Ya ni Teresa de Lisieux, ni Don Marmion en mi camino; sino una Regla, una Abadesa —*pius pater, durus magister*— y una comunidad —*acies fraterna. Hic et nunc.*

Los años pasan. Siempre sensación de lucha. ¡Cómo me gustaba S. Antonio! Mi estado era justamente lo que descubrí en el oficio de Sta. Agueda: "*Laetissime et glorianter ibat ad carcerem quasi ad épulas invitata; et agonem suum Domino precibus commendabat. . .*". En un Viernes Santo me tocó cantar la 2a. Lamentación de Maitines. Era exactamente *mi* situación: "Me ha emparedado y no puedo salir, ha hecho pesadas mis cadenas. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos".

Pero, como en la mañana de Pascua, la piedra fue removida por el Angel. Siempre fue así. Fue S. Gregorio Magno quien me convenció —en su comentario sobre Job— que la lucha es algo mucho más profundo: yo era solamente el campo de batalla entre Dios y Satanás. . .

Otro Gregorio, el de Nisa, vino a reforzar lo que ya había descubierto en S. Pablo (frase que considero la "divisa de mi vida"): "Olvidando lo que quedó atrás, corro hacia adelante". Dice S. Gregorio: "La Palabra repite: 'Levántate' a aquella que ya se levantó. 'Ven', a aquella que ya se puso en camino. Quien se levante precisa levantarse siempre. A quien corre hacia el Señor, jamás le falta un vasto espacio. Quien sube, jamás descansa."

John Wu sintetizó esto en pocas palabras: "*Il faut partir d'OU l'on se trouve*".

¿Partir adónde?

"Para hacernos libres nos liberó Cristo".

*Redire. Con-vertere.*

"El velo (las amarras) sólo será quitado cuando se conviertan, se vuelvan al Señor. El Señor es Espíritu y donde está el Espíritu del Señor hay libertad".

Cumbre de dos vertientes: lo Bueno y lo Bello. "Su simbiosis marca la integridad del ser y hace brotar la Belleza. Belleza que es el Espíritu Santo y en la cual la Trinidad se complace" *Digitus Dei*, Dedo divino en la divina mano pronto a restaurar en cada uno de nosotros la imagen borrada del Dios vivo y verdadero.

"Restaurarse en el claustro benedictino".

"Si el hombre se recupera a sí mismo, se recupera para la Iglesia" (Pablo VI en Montecasino.)

Esa dimensión eclesial va creciendo y penetrando más que el óleo en mi vida de

oración. La imagen restaurada refleja a Alguien que por esencia es comunicación, diálogo, donación.

Viene entonces la inesperada alegría de descubrir, por ejemplo, la misión de un recipiente de residuos en una casa. La indecible alegría de no tener tiempo a veces ni de comer su pan. La inefable alegría de sentir que el Señor toma a pecho su obra y la perfecciona "mientras duermen sus elegidos". Inexplicable alegría de creer, *naturaliter*, que se es el último y el más despreciable de todos; siervo inútil. Y descubrir que *nuestro* Dios es un Dios desconcertante que no puede ser buscado en la esfera de lo útil o de lo utilizable. Amor gratuito que pide en cambio la gratuidad del amor. Es la inexplicable alegría de tener el coraje de decir al Padre: "Yo te bendigo por haberme juzgado digna de este día y de esta hora, de tomar parte en el número de tus mártires, de participar en el cáliz de tu Hijo Jesucristo, para la resurrección eterna". Alegría de saborear el "nuevo Pentecostés en el misterio del monje que ha sido consagrado: de pie, sobre la ciudad dormida, intercediendo ante Dios con su canto, por los pecados del mundo".

### *Delicta quis intelligit?*

El hombre puede cometer el pecado; y sin embargo no tomar conciencia de ese pecado con la nitidez equivalente a su terrible significado: no puede ni medirlo ni expiarlo. Sólo Dios está a la altura del pecado, sólo El es capaz de sacarlo a luz, de medirlo, de juzgarlo. *Ut vincas cum judicaris*. La gracia consiste en que Dios haga justicia *salvando* al hombre. En Cristo se hizo pecado, en expresión audaz de S. Pablo. "El Espíritu de Verdad convencerá al mundo de pecado, de juicio y de justicia".

Brota entonces la alegría de tener en los labios estas palabras: "*Recordare quod steterim in conspectu tuo ut loquerer pro eis bona*". En la esperanza de llegar algún día a la alegría de decir como Moisés: "Perdona a tu pueblo o bórrame de tu libro". Mas desde ya la alegría de "completar en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia".

\* \* \*

Integridad del ser que hace brotar la Belleza. "Soñábamos con caminos arriesgados y llenos de peligros donde hubiesen luchas y sangre, tumulto y victoria. Y sólo se nos pide lucha contra los poderes invisibles. Soñábamos con la conquista de la tierra, y sólo se nos pide el dominio sobre el polvo de nuestro cuerpo. . .".

Por cierto, la escala erigida es nuestra vida mortal. . . y los dos lados de la escala son nuestro cuerpo y nuestra alma. Confieso que el yoga me ha ayudado en ese sentido. Una como espiritualización de la materia, una como materialización del espíritu. Me refiero no sólo a las posturas sino a la tranquilidad de mente que tales posturas favorecen. . . Un despertar de la *intuición*. No se trata solamente de auto-sugestión. Está el "supra-consciente" que no debe ser *-tout court-* identificado con el "inconsciente" que nosotros, los occidentales, hasta hace poco, confinábamos a un oscuro subterráneo lleno de reptiles y de buitres.

Despertado a la intuición, el intelecto discursivo se va pacificando por la acción de la fe. ¡Cuántas veces la Liturgia cristiana pide esa pureza de la mente! ¿No será

lo mismo que la *tacite conscientia* de nuestro cuarto grado? o el *tacito corde, mens bene conscia* del himno de los mártires?

Sólo entonces será posible *oír* la Palabra de Dios, hasta que Cristo sea formado en nosotros, hasta que lleguemos a la edad perfecta de Cristo y podamos decir con verdad: vivo, ya no yo, vive en mí Cristo. Nada de panteísmo, mas, misteriosamente, *sine confusione et sine divisione*.

Colocarse en actitud de escucha, siguiendo el hilo de la intuición (o sea de la inspiración del Espíritu) y dejar que el Absoluto comience a emerger dentro de nosotros. Y dejar que la mente rompa el capullo que ella misma creó. "El Espíritu de Verdad os conducirá a la verdad plena. Tomará de lo mío y os lo anunciará. *Suggeret vobis*.

Entonces comenzamos a *oír* el silencio de Dios. El Verbo es Palabra, el Espíritu, silencio.

Se encuentra, entonces, un espacio vacío, un templo dentro de nosotros. "Dejé vagar por mucho tiempo mis ojos a lo lejos, antes de cerrarlos y decir: Tú estás aquí". O, en una pluma cristiana: "Habitabas dentro de mí, y yo, allí afuera, te buscaba. Estabas conmigo y yo no estaba contigo".

Ahora: sólo *re-conocer* al Señor. *Dominus est*

Eco, en nosotros, del gran combate escatológico. "Entonces, si os dijeren 'Cristo está aquí' o 'Cristo está allí', no lo creáis. Si os dijeren: 'Hélo allí en el desierto', no vayáis allí". ¿Por qué? "Yo en el Padre, el Padre en Mí y Yo en vosotros". *Hic et nunc*.

Me gustaría terminar con un pequeño cuento hindú, esperando que será tomado *cum grano salis*.

"Hubo un gran dios-sabio llamado Nârada. Viajaba por todas partes. Un día atravesaba un bosque cuando vio a un hombre que había meditado tanto tiempo en la misma postura que las hormigas blancas habían construido en torno a su cuerpo una gran montaña de tierra. Dijo a Nârada:

—¿Adónde vas?

—Al cielo.

—Entonces, pídele por favor a Dios que se apiade de mí cuando *haya alcanzado* mi liberación.

Más adelante, Nârada vio a otro hombre que cantaba, saltaba y bailaba. Con gestos de alucinado, dijo el hombre a Nârada:

—Nârada, ¿adónde vas?

—Voy al cielo.

—Entonces, pide por favor a Dios que *pueda yo verme* libre.

Nârada continuó su camino. Con el correr del tiempo volvió a pasar por aquella misma calle: allí encontró al hombre que había estado meditando, con la montaña de hormigas alrededor de su cuerpo. Este le preguntó:

—Nârada, ¿pediste por mí al Señor?

—¡Sí!

—¿Qué dijo?

—El Señor me dijo que alcanzarás la liberación después de cuatro nacimientos más.

Entonces, el hombre comenzó a gemir y a llorar diciendo: "He meditado hasta el

punto de que las hormigas llegaran a construir su casa en torno mío, y ¡todavía he de esperar cuatro nacimientos!”.

Nârada continuó su camino y encontró al otro hombre.

—¿Trasmitiste a Dios lo que te pedí?

—¡Sí! ¿Ves ese tamarindo? Tendrás que renacer tantas veces cuantas hojas tiene.

Entonces alcanzarás la liberación.

El hombre comenzó a bailar de alegría, diciendo: “ ¡Oh! estaré libre en tan corto tiempo!”.

Y se oyó una voz que decía:

—Hijo mío, estás libre desde este mismo momento.

*Una monja del Monasterio de María, Madre de Cristo.  
Caxambú - Brasil.*